

Fake News. La posverdad como arma de desinformación

MILAGROS PÉREZ OLIVA

Milagros Pérez Oliva es periodista. Trabaja en El País desde 1982, donde ha ocupado diversos puestos de responsabilidad, entre ellos el de redactora jefe y Defensora del Lector. Actualmente es miembro del equipo de editorialistas y articulista. Colabora también como analista en diferentes programas de radio y televisión como Els Matins de TV3, Café de Ideas y El Vespre de TVE o El Balcó, de la Cadena Ser.

Es miembro del Consejo Social de la Universidad Pompeu Fabra y del Consejo Asesor de Salud Pública de la Generalitat de Catalunya. Anteriormente ha sido miembro del Comité de Bioética de Catalunya y vicedecana del Colegio de Periodistas de Cataluña. Ha sido galardonada con el Premio Nacional de Periodismo por su contribución a la salud pública y con la medalla Josep Trueta al mérito sanitario, ambos concedidos por la Generalitat de Cataluña.

La mentira siempre ha formado parte de lucha por el poder. En todos los tiempos, la distorsión de la realidad ha sido uno de los elementos de la confrontación política y se han utilizado bulos y falsedades para crear estados de opinión favorables a quienes los lanzaban. La eficacia de estas estrategias tenía como límite la solidez de los valores morales de la sociedad en cuestión y la capacidad de propagación de los instrumentos de difusión. Obviamente, no era lo mismo lanzar bulos en los lavaderos y baños públicos que poder pegar pasquines anónimos en posadas y tabernas. La imprenta marcó un antes y un después en la capacidad de comunicación, y por tanto, también en la capacidad de emitir falsedades y libelos. De la misma naturaleza disruptiva es el salto que representan ahora Internet y las redes sociales. Lo nuevo en el actual ecosistema político es la combinación fatal de un clima cultural favorable a la distorsión y la mentira y un salto sin precedentes en la capacidad de difusión gracias a las nuevas tecnologías.

El carácter global de las redes y su extraordinaria capacidad de contagio permiten que la más estrambótica de las teorías de la conspiración, como hemos visto con la pandemia, pueda ganar un gran número de adeptos en muy poco tiempo. El fenómeno Qanon es un ejemplo paradigmático. Los seguidores de esta plataforma niegan la gravedad de la emergencia sanitaria y consideran que el virus está siendo utilizado por el poder para controlar a la población y privarla de su libertad. Lo increíble de esta corriente es la facilidad con la que ha incorporado al virus a su delirante teoría, de modo que ahora se oponen a las restricciones sanitarias porque creen que forman parte de una conspiración universal de pedófilos que secuestran y violan a niños y que, ayudados por personajes malévolos como George Soros, Bill Gates o Barack Obama, ocupan posiciones estratégicas del Deep State para dominar el mundo. La teoría surgió en 2017 en Estados Unidos a partir de una simple entrada en un foro de Internet denominado *4chan*. La introdujo un internauta que sugería ser miembro del servicio secreto norteamericano y rápidamente prendió en los grupos de extrema derecha. Sus miembros, portadores de carteles con una Q, han nutrido las manifestaciones anti-mascarilla y las protestas contra las restricciones de movimientos convocadas en todo el mundo, incluida España.

En situaciones de crisis, la difusión de teorías aberrantes y noticias falsas puede tener graves consecuencias. Un estudio publicado en agosto de 2020 en el *American Journal of Tropical Medicine and Hygiene* sobre la cobertura mediática

durante los primeros meses de la pandemia identificó un total de 2.311 noticias falsas, rumores, teorías de la conspiraciones y bulos sobre el coronavirus. Entre ellas noticias sobre falsos tratamientos, desde una combinación de orina de camello y cal a la solución clorada de un conocido curandero catalán. Lo peor es que algunas de estas teorías, como las supuestas propiedades del metanol contra la Covid-19, se han difundido masivamente. La Food and Drug Administration, la agencia norteamericana de control de medicamentos, tuvo que emitir en julio un comunicado advirtiendo a los consumidores y profesionales de la salud “sobre los desinfectantes de manos que contienen metanol o alcohol de madera, una sustancia que no es apta para productos desinfectantes de manos y que puede ser tóxica cuando se absorbe a través de la piel y mortal cuando se ingiere”. La agencia afirma tener constancia de “eventos adversos recientes como ceguera, hospitalizaciones y fallecimientos de adultos y niños que han ingerido productos con metanol”. El mencionado estudio estima que la difusión de este falso remedio provocó unas 5.900 hospitalizaciones, 800 muertes y 60 casos de ceguera.

Estamos muy lejos de poder evaluar el alcance de la desinformación y los daños que ha causado en esta pandemia. Lo que sí sabemos es que cada vez resulta más difícil contrarrestar sus efectos porque estos bulos, por su propia naturaleza, se mueven por las redes sociales con mucha rapidez empujados por personas que recelan del sistema, incluida la ciencia, y por tanto, en determinados medios tienen mucha más capacidad de penetración que las noticias basadas en la evidencia científica.

A ello hay que añadir que la propia ciencia está siendo incomprensiblemente cuestionada en esta ocasión desde las más altas instancias del poder, y no solo por parte de personajes atrabiliarios como el presidente de Brasil Jair Bolsonaro. Nada menos que el presidente saliente de Estados Unidos se ha permitido ignorar y desacreditar a la ciencia en sus comparecencias públicas. Donald Trump utilizó con descaro el virus en su guerra geoestratégica con China, sugiriendo que había sido creado por la potencia rival para debilitar a los Estados Unidos. Y ha dado pábulo a elucubraciones como cuando en una infausta rueda de prensa sugirió “golpear [el cuerpo] de los pacientes con una luz tremenda, ya sea ultravioleta o simplemente muy poderosa” y ocurrencias como esta: “Veo que hay un desinfectante que lo deja KO [al virus] en un minuto, ¿hay alguna manera de que podamos hacer algo así mediante una inyección? Porque ves

que [el virus] entra en los pulmones y hace un daño tremendo, así que sería interesante probarlo”.

Precisamente por negar la evidencia, ir contracorriente o desafiar al sistema, las noticias falsas y las teorías de la conspiración tienen más recorrido en las redes sociales. Cuanto más impactantes son, mayor es su capacidad de contagio. Las nuevas tecnologías se han convertido en un poderoso aliado de la desinformación. Pero las plataformas digitales solo son el instrumento de propagación. Si nos limitamos a culpar al mensajero -aunque alguna culpa tiene también, como veremos más adelante- nos quedaremos en la superficie de un fenómeno mucho más profundo e inquietante que, llevado al extremo, puede llegar a poner en peligro la misma democracia.

UNA DISTORSIÓN DELIBERADA

En los sistemas de democracia representativa la conformación de la opinión pública es una parte fundamental del proceso deliberativo y de toma de decisiones. Difícilmente puede haber una democracia de calidad sin información de calidad, sin información veraz y confiable sobre los asuntos públicos. Pero de un tiempo a esta parte la información se ha vuelto insegura. El recurso a la mentira o la tergiversación es cada vez es más frecuente ya sea para tratar de desgastar al adversario, para crear un estado de opinión favorable a quien las lanza o simplemente para crear confusión cuando se trata es de contrarrestar una verdad incómoda.

Por desgracia las *fake news* forman parte del paisaje mediático y político. Marc Amorós, en su libro *“Fake News, la verdad de las noticias falsas”* recoge la definición más común: son informaciones falsas expresamente diseñadas para hacerse pasar por noticias veraces con el objetivo de provocar un engaño o, subsidiariamente, un estado de confusión y caos con el que alcanzar un fin político o financiero. Se trata de una distorsión deliberada de los hechos con el propósito de obtener un determinado beneficio. En una democracia sana, la política y el discurso público se rigen por valores que hacen que la mentira resulte penalizada y, aunque no siempre llega a descubrirse, los mecanismos de control social suelen sancionar a quien falta a la verdad. Eso es precisamente lo que está cambiando. Desenmascarar una mentira no siempre provoca el

reproche social que sería de esperar. De modo que la mentira y la distorsión se utilizan ahora sin disimulo y sin temor a la penalización como una parte más de las estrategias para lograr o mantener el poder. Y eso ocurre en sociedades avanzadas y de larga tradición democrática como la norteamericana y en todos los ámbitos de la vida pública, desde la política a la economía o la salud.

Que la Casa Blanca se haya convertido en los últimos cuatro años en una de las principales fuentes de *fake news* da una idea del peligro que representa esta tendencia. Ha sido algo tan habitual, que nos hemos acostumbrado, pero los datos son apabullantes. Cuando Donald Trump llevaba 100 días en el cargo el diario *The Washington Post* puso a su departamento *Fact Checker* a examinar todas las comparecencias públicas del nuevo presidente. Cuando llevaba 800 días de mandato había contabilizado ya más de 10.000 declaraciones “falsas o engañosas”. Dos días después de las últimas presidenciales George T. Conway, analista de ese diario, escribía: “A medida que pasó el tiempo, siguió engañando con fines egoístas a una velocidad cada vez mayor sobre temas cada vez más importantes. Cuando aceptó la nominación a la reelección, Trump había dicho más de 22.000 mentiras en el cargo, a un ritmo de más de 50 por día, de modo que al final del mandato probablemente superó las 25.000”. Las utilizaba con profusión en actos de partido, redes sociales y encuentros con la prensa, hasta acabar con la mayor de todas las falsedades: que el sistema electoral era corrupto y le habían robado la victoria.

Que Trump era un mentiroso compulsivo se sabía desde mucho antes de ser elegido presidente. La revista *Político* había chequeado sus discursos durante las primarias en las que irrumpió como candidato republicano y contabilizó una mentira, una media verdad o una exageración engañosa cada cinco minutos. Un chequeo similar durante la campaña presidencial de 2016 reveló que eran ya una icada tres minutos! Lo que no fue obstáculo para que fuera elegido presidente y en las presidenciales de 2020 conservara el apoyo de casi la mitad de los electores norteamericanos.

HECHOS ALTERNATIVOS

La cuestión es: ¿cómo es posible que los más altos mandatarios se atrevan a mentir con tanto descaró sabiendo que en cuestión de segundos serán cazados

en la falsedad? La respuesta no es simple, pero un factor clave es que mentir ya no les penaliza como le penalizó por ejemplo al presidente Richard Nixon, que dimitió antes de concluir el proceso de destitución (*impeachment*) al que estaba siendo sometido no tanto por haber espiado a sus adversarios del Partido Demócrata como por haber mentido sobre ello. Definitivamente, la mentira ya no resulta penalizada ni siquiera en el sistema político que hizo de la defensa de la verdad una de sus señas de identidad.

La desfachatez de la mentira como instrumento político tuvo un momento culminante cuando Kellyanne Conway, asesora de Prensa de Trump, acuñó el término “hechos alternativos” en el programa *Meet the Press* de la cadena de televisión NBC. El portavoz del nuevo presidente, Sean Spicer, había afirmado en la primera comparecencia ante los periodistas acreditados en la Casa Blanca que la toma de posesión del nuevo presidente había sido la más concurrida de la historia de EEUU, cuando una simple comparación de los registros fotográficos mostraba sin lugar a dudas que la asistencia había sido muy inferior a la que congregó en la misma circunstancia el presidente Barack Obama. Para Kellyanne Conway, Spicer no había mentido. Simplemente había ofrecido “hechos alternativos”. No una versión alternativa de los hechos, sino unos hechos alternativos.

Aquí está la clave. Las *fake news* solo son un instrumento de un fenómeno más amplio: la posverdad como arma de desinformación masiva. Esta corriente utiliza la distorsión deliberada de la realidad para tratar de moldear la opinión pública e imponer un determinado imaginario colectivo. En la cultura de la posverdad, los hechos objetivos carecen de importancia. Lo que cuenta es el relato (*story telling*). Sus técnicas de propaganda buscan impactar sobre las emociones a través del discurso y de determinadas técnicas de persuasión. Parte del convencimiento de que no solo es posible modificar la percepción de la realidad, sino modificar las conductas y crear nueva realidad a partir de ese relato. Lo explica muy bien el guionista de “La Voz Más alta” (*The loudest voice*), poniendo en boca de Roger Ailes, fundador de la cadena Fox, su convencimiento de que puede llegar a crear una realidad a conveniencia. Miles de *spin doctors* trabajan sin descanso para *retorcer* los hechos y construir un imaginario que pueda tener efecto performativo, es decir, que pueda crear una “realidad alternativa” favorable a los intereses políticos de quienes lo promueven.

En *Covering Politics in a Post Truth America*, la fundadora y directora de *Político*, Susan B. Glasser, expresa la impotencia que muchos periodistas, políticos, analistas y ciudadanos sienten ante el triunfo de la mentira en las redes sociales y sus efectos sobre la opinión pública. Glasser señala un hecho paradójico: nunca antes había habido tanta información seria y rigurosa al alcance de la ciudadanía como ahora, y sin embargo, disponer de información fiable y rigurosa parece importar cada vez menos. La frustración de los medios de comunicación de calidad es enorme. “Gracias a Google, Facebook, el *livestreaming* o el Big Data, podemos conseguir ahora más información y más conocimiento de la campaña electoral en un día de lo que solíamos conseguir antes en un mes. El acceso a la información sobre el Gobierno y aquellos que aspiran a dirigirlo es deslumbrante y a una escala completamente inimaginable cuando Donald Trump promocionaba su *Art of the Deal* en 1987. Y ahora, en lugar de unos pocos miles de lectores pertenecientes a las élites, tenemos millones”, escribe Glasser. Pero todo eso no es suficiente para contrarrestar los efectos de la posverdad.

La mentira y la distorsión pueden más que el periodismo riguroso. “Historias que hubieran destruido a cualquier otro político, revelaciones verdaderamente escandalosas sobre sus elusiones fiscales, las donaciones caritativas sobre las que mintió, las mujeres a las que insultó y supuestamente agredió, los vínculos con la mafia... no fueron suficientes para detener a Trump. La verificación de los hechos no funcionó con el candidato más falsario de nuestra historia. Cuantos más escándalos descubríamos y más medios los publicaban, menos repercusión tenían”, lamenta la que era directora de *Político* durante la campaña electoral. Para contrarrestar la desinformación deliberada ya no es suficiente con publicar la verdad. Esta necesita ser creída y esa confianza es lo que destruye precisamente la posverdad.

DEVALUACIÓN DE LA VERDAD

Si quienes nos gobiernan o aspiran a ello creen que pueden permitirse mentirnos sabiendo que los vamos a descubrir inmediatamente es porque dan por hecho que la verdad no importa. Si asumen el riesgo de mentir es porque confían en que les reportará algún beneficio. La utilización deliberada de la mentira da réditos electorales, políticos y de todo tipo porque la verdad se ha devaluado.

Así lo advierte el filósofo Joan García del Muro en su libro *Good bye veritat. Una aproximació a la postveritat* (Pagès Editors). El autor sitúa las raíces filosóficas de la postverdad en el influjo cultural y político que ha tenido el pensamiento postmoderno y su más reciente deriva.

Surgido como reacción a los grandes dogmas que condujeron a los totalitarismos del siglo XX y sus trágicas consecuencias, el postmodernismo se caracterizó por un rechazo frontal a la noción de verdad. Tuvo un gran auge como corriente filosófica por su posición crítica frente a los estragos causados por los grandes *ismos* a lo largo del siglo XX, pero la evolución que ha seguido le ha llevado, en un efecto pendular, al otro extremo: a negar la verdad. García del Muro replica las tesis del filósofo italiano Gianni Vattimo, quien en su libro *Adiós a la verdad* (Gedisa, 2010) invita a superar la idea clásica de verdad como la adecuación entre el discurso y los hechos reales. Defiende que esa noción es una idea anquilosada que lleva a la dominación, la imposición por la fuerza y, en sus manifestaciones extremas, al fundamentalismo. Vattimo defiende el adiós a la verdad como un requisito para una democracia más pura. Para García del Muro, “el adiós a la verdad puede convertirse en un obstáculo casi insalvable para la praxis democrática”. La razón es obvia: “Despedirse de la verdad comporta despedirse también de la confianza en la palabra, de la posibilidad de rebelarse contra la mentira, y por eso mismo, del pensamiento crítico y del ejercicio de una política democrática”.

Si lo que pretendían los primeros autores del posmodernismo era huir de la barbarie de Auschwitz o la tiranía del Gulag, no está claro que acertaran en el método. Es cierto que la defensa fanática de una ideología que se considera la única verdad verdadera puede llevar al fundamentalismo, y que eso puede tener manifestaciones sangrientas como ocurrió con el nazismo y el estalinismo y como ocurre ahora por ejemplo con el integrismo islamista. Pero es el fanatismo, y no la creencia o la doctrina en sí misma, lo que conduce a esa deriva. Como sostiene García del Muro, “tras el adiós a la verdad lo que ha venido es la posverdad. Y con ella, lo que ha venido no ha sido la pureza democrática, sino un nuevo totalitarismo suave, que ha sabido adaptarse maravillosamente a los tiempos que corren”. Un totalitarismo banal “de algoritmos, tuits y hechos alternativos”.

Al calor de la corriente postmoderna han crecido peligrosamente elementos que han erosionado los mecanismos de deliberación democrática cuando más falta

hacen para poder afrontar la creciente complejidad de los desafíos que hemos de afrontar. Entre esos elementos destacan el desprestigio del pensamiento racional y la exaltación de la subjetividad y las emociones; un relativismo radical y militante según el cual hay tantas verdades como miradas sobre la realidad, y la supeditación de los hechos a la interpretación subjetiva.

El más importante de esos elementos es, en mi opinión, el desprestigio del pensamiento racional en favor de la subjetividad. Las *fake news* encuentran un campo abonado en la creciente sentimentalización de la política, que a su vez es en parte una reacción contra los excesos de un racionalismo mal entendido. Cierta ilustración ha desdeñado el papel de los sentimientos, hasta el punto de considerar las emociones como una interferencia indeseable en la formación del pensamiento y la construcción del carácter. Pero esta noción está hoy ampliamente cuestionada. Cuando el neurobiólogo Antonio Damasio, en su libro *En busca de Spinoza*, rescata el pensamiento del filósofo holandés, está reivindicando al 'protobiólogo' que ya en el siglo XVII, adelantándose a su tiempo, formuló desde la filosofía lo que a finales del siglo XX ha podido demostrar la neurociencia: que las emociones son una parte central del proceso cognitivo y que la mejor decisión es aquella se toma desde una racionalidad bien informada y en armonía con los sentimientos.

Pero una cosa es admitir y reconocer el papel de las emociones en el proceso racional, y otra muy distinta la manipulación de los sentimientos y la exaltación de la subjetividad como forma casi exclusiva de aproximación a la realidad. Ejemplo ilustrativo de esta peligrosa deriva han sido los alegatos contra la autoridad de los científicos y el desprecio por la ciencia que se han permitido exhibir personajes como Jair Bolsonaro o Donald Trump. Resultaba especialmente chocante que el país que ha alcanzado la hegemonía mundial gracias a que ha sabido importar durante más de un siglo lo mejor del talento científico de todo el planeta, pudiera elegir como presidente a un político mediocre capaz de desprestigiar públicamente a la ciencia y a los científicos. Un político que llegó a sugerir en medio de una pandemia pésimamente gestionada que había causado ya más de 200.000 muertos, que los médicos tenían intereses oscuros en magnificar la pandemia porque cuantos más casos de Covid-19 declaraban, más cobraban.

El descrédito de la ciencia ha prendido también con creciente intensidad en ciertos ambientes alternativos de izquierda, que abrazan de forma acrítica

teorías conspirativas y supuestas terapias naturales que no tienen ninguna base científica. Estas corrientes tienen su principal caladero en sectores juveniles que cuestionan el sistema y que suelen tener en los abusos cometidos por las grandes farmacéuticas en su evidente afán de lucro un excelente banderín de enganche. Resulta muy preocupante que amplios y crecientes segmentos de población joven, bien formados y con altas capacidades culturales, se dejen arrastrar por teorías que no tienen ningún aval científico. Y resulta muy sorprendente que sean tan vehementes en su crítica, justificada muchas veces, sobre las actuaciones de la Big Pharma, y no sean sensibles al hecho de que algunas de las supuestas terapias alternativas, como la homeopatía, son también un fenomenal negocio.

En todo caso, hay que distinguir entre el descrédito de la ciencia como reacción, aunque sea infundada, de quienes se consideran víctimas de un sistema que no les gusta, y otra la acción deliberada de negarle validez para lograr unos determinados fines políticos o comerciales. La ciencia es el exponente más genuino de una racionalidad basada en la búsqueda en la evidencia empírica. En ciencia, los hechos sí cuentan. El método científico es la forma más fructífera de adecuar la percepción de la realidad a los datos factuales, a los hechos comprobables. Si el conocimiento científico es denigrado como método de aproximación a la realidad, lo que queda es puro subjetivismo. Lo que queda es la gorra roja de Trump y su eslogan *Make America great again* como banderín de enganche para una identificación emocional incondicional y acrítica. “Tengo a la gente más leal, podría pararme en mitad de la Quinta Avenida, disparar a alguien y no perdería votos”, llegó a fanfarronear Donald Trump.

Uno de los principales pensadores del posmodernismo, Richard Rorty, explica de forma muy descarnada a dónde nos lleva el relativismo sobre la verdad: en la sociedad liberal, sostiene, “la diferencia entre verdad y mentira es una cuestión de éxito, y al final, por eso mismo, de poder. En la retórica de las narrativas, alcanzará la verdad aquel que consiga imponer la suya”. Más claro, imposible.

DISONANCIAS COGNITIVAS

No es casualidad que la posverdad prospere mejor en sociedades muy polarizadas. En realidad, es un círculo vicioso: la mentira y la distorsión son utilizadas

para polarizar y esa polarización hace que relato construido a partir de ellas sea más efectivo. La tensión social es el mejor ecosistema para las *fake news*. Diversos trabajos han puesto de manifiesto el papel determinante que la difusión deliberada de datos falsos tuvo en el resultado del referéndum del Brexit en Reino Unido. El país sufrió un proceso de polarización extrema que dividió a la sociedad en dos bloques enfrentados e irreconciliables, una brecha de enormes consecuencias. Así lo han mostrado los trabajos de More in Common, una organización con sede en Londres que tiene por objetivo abordar los factores subyacentes en los procesos de fractura y ayudar a construir sociedades más cohesionadas, resilientes e inclusivas. Una de sus investigadoras, Miriam Juan-Torres, ha estudiado el papel de la desinformación en la degradación de la democracia y cómo los populismos autoritarios se benefician de la llamada *polarización afectiva*: “Cada grupo ve positivamente a sus afines, y siente aversión hacia el oponente, al que suele caricaturizar e incluso deshumanizar. (...) A través de la polarización, los populismos autoritarios pueden activar a sus bases, atraer nuevos adeptos y agitar a los que no les apoyan. Cuando eso sucede, la verdad y los hechos pierden importancia (...) y quedan supeditados a lo que le conviene al grupo y a su causa”.

Si la mentira y la distorsión son capaces de penetrar con tanta facilidad en la fortaleza cognitiva de muchas personas es porque encuentra pasarelas abiertas por las que introducirse sin resistencia. Esas pasarelas son las disonancias cognitivas. El psicólogo Leon Festinger las definió como el mecanismo por el que la mente intenta mantener la coherencia interna cuando las creencias que ha interiorizado entran en colisión con informaciones o ideas nuevas. Los sesgos cognitivos forman parte del funcionamiento normal de la mente. Provocan errores de percepción, mecanismos de autoengaño, que llevan a una interpretación equivocada de la realidad.

Daniel Kahneman, Premio Nobel de Economía en 2002 y autor de *Pensar lento, pensar rápido*, profundizó en los años setenta en estos procesos mentales al observar que en muchas ocasiones, personas consideradas juiciosas y razonables tomaban decisiones económicas alejadas de la lógica racional. Los sesgos cognitivos son diversos y operan de formas muy variadas. Por ejemplo, la tendencia a creer sin reservas aquello que procede de personas o fuentes que consideramos afines, y rechazar de plano lo que viene de los contrarios. Muy frecuente es también el sesgo de confirmación, por el que aceptamos sin resistencia todo aquello

que coincide con nuestras creencias previas y tendemos a ignorar aquello que las contradice o las pone en cuestión.

Para Michael Shermer, editor de la revista *Skeptic*, siempre resulta más cómodo creer que no creer y tener patrones predeterminados que aplicar a las nuevas situaciones ofrece confort mental. Esta tendencia a aplicar a toda la información que nos llega los patrones interiorizados se refuerza mediante el sesgo de anclaje, un prejuicio por el que tendemos a consolidar la primera versión que recibimos de algo. De ahí los esfuerzos de los estrategas políticos para construir marcos mentales que permitan encauzar y acotar los términos del debate público en la dirección que les interesa. Un ejemplo muy evidente es el debate sobre el futuro de las pensiones. Fruto de los marcos mentales creados por el neoliberalismo en torno al Estado de Bienestar, la mayor conquista de la humanidad -el hecho de haber doblado la esperanza de vida en menos de un siglo-, aparece de forma sistemática en los medios de comunicación como una catástrofe. El envejecimiento de la población no se presenta como un avance sino como un problema que se utiliza para justificar la rebaja de las pensiones.

Eso explica el furor de los partidos políticos para desarrollar argumentarios y consignas que sus dirigentes repiten por todos los medios a su alcance. Finalmente, el sesgo de autojustificación y el de retrospectiva nos protegen del malestar que suele provocar darnos cuenta de que nos hemos equivocado. Quienes han votado a Trump tenderán a justificar o perdonar sus errores porque admitirlos sería reconocer que se han equivocado en su valoración del candidato.

Estos mecanismos psicológicos facilitan que la mentira pueda ser eficaz como elemento de discurso político y no tenga la sanción social que sería deseable. Los políticos que recurren a mentira dan por hecho que no nos importa que nos mientan, siempre que quien lo haga sea de los nuestros. Confían en que, en un escenario político crispado y polarizado, que ellos contribuyen a crear, el estímulo de las emociones provocará en los electores distorsiones cognitivas de las que podrán beneficiarse.

Cuando Vox lanza una mentira como que la mayoría de las denuncias por violencia de género son falsas, no pretende provocar una discusión sobre los hechos, que perdería rápidamente pues los datos son contundentes y desmienten categóricamente tal afirmación. Lo que busca es reforzar el antifeminismo de

sus seguidores categorizando a las mujeres que se atreven a denunciar a sus agresores como falsarias interesadas y convertir así a las víctimas en verdugos y a los verdugos machistas en víctimas. En la construcción de este relato lo primero que se distorsiona es el lenguaje. Al acuñar y repetir una expresión como *feminazis*, lo que Vox busca es darle la vuelta al significado y a la historia del feminismo, presentándolo como lo contrario de lo que es, como una tiranía destinada a implantar la supremacía de las mujeres sobre los hombres. Con este relato, no pretende obviamente convencer a las mujeres de que abandonen el feminismo, sino reforzar las creencias machistas de sus partidarios y provocar la reacción de las feministas como antagonistas necesarias para amplificar su mensaje.

La filósofa alemana Carolin Emcke sostiene que “la extrema derecha no tiene ningún interés en discutir ni ganar ningún debate. Lo único que buscan es visibilidad. Y eso es lo que les proporciona el mal periodismo que recurre a las tertulias sobre política para ganar audiencia. La patología de la televisión actual es confundir neutralidad con cinismo. El problema de esos programas es que solo son una simulación de debate. Y no es cierto que todas las opiniones valgan lo mismo. Hay opiniones que están basadas en mentiras. Lo que la extrema derecha busca es que no se distinga entre verdad y mentira”.

ENCERRADOS EN LA BURBUJA

Encerrados cada uno su burbuja ideológica, religiosa o de pensamiento, todo lo que corrobora las propias convicciones produce bienestar y en cambio, exponerse a las contrarias genera rechazo y malestar. A este mecanismo contribuyen sin duda las redes sociales, cuya forma de operar facilita la creación de compartimentos estancos en los que buscamos confort ideológico. El filósofo francés André Comte-Sponville, en su obra clásica *El alma del ateísmo* (Paidós 2007) advertía sobre la necesidad de comunión, de compartir vivencias, que todos tenemos. La necesidad de sentirnos parte de algo mayor que trascienda nuestra mera individualidad. Las redes sociales son los templos en los que muchos experimentan ahora esa necesidad de comunión por afinidad.

El problema es que los algoritmos que operan en las redes sociales, como he señalado antes, no son neutrales. Están diseñados de tal forma que contribuyen

no solo a la difusión de los bulos y noticias falsas, sino a la polarización política y social. En la medida en que van a contracorriente o resultan impactantes, las falsedades suelen tener amplio recorrido en las plataformas y redes sociales. A diferencia de los medios tradicionales, que se responsabilizan de todo lo que publican, las plataformas digitales apenas establecen barreras y tampoco poseen mecanismos de control sobre la veracidad de los contenidos que albergan. Ha costado mucho que colaboren en la erradicación de mensajes de odio y ahora está costando que modifiquen sus algoritmos para detectar y bloquear también los bulos y las noticias falsas.

La exigencia de este tipo de controles va en realidad contra la propia naturaleza de su modelo de negocio. Los algoritmos que rigen su funcionamiento están diseñados para facilitar la máxima difusión de lo que los usuarios cuelgan en la red, y cuanto más polémico y más compartido es un contenido, mayores son sus ingresos por publicidad. Luego tienen un interés directo en los contenidos con mayor potencial de viralidad. Un estudio publicado en el diario *The New York Times* demostraba el efecto polarizador y de caja de resonancia que tiene el algoritmo de YouTube. Cada vez que un internauta entra a ver un video, el propio algoritmo le ofrece una lista de contenidos similares. Los motores de búsqueda dirigen a los internautas hacia las páginas más visitadas y mejor financiadas, en un círculo del que resulta difícil escapar.

Muchas de las mentiras que se propagan por la red perduran mucho tiempo después de haber sido desenmascaradas. Las cajas de resonancia replicaron hasta la saciedad la afirmación falsa de que Barack Obama no había nacido en Estados Unidos y por tanto era un presidente ilegítimo. Pese a todas las pruebas aportadas para desmentirlo, todavía hoy uno de cada cuatro votantes republicanos cree que Obama no es norteamericano y muchos están convencidos de que es musulmán.

Los medios tradicionales tampoco están libres de responsabilidad, especialmente los medios que practican un periodismo de trinchera, de alineamiento político o ideológico. Estos medios suelen actuar como amplificadores de las campañas que se desarrollan en las redes. Una encuesta de Pew Research mostró que casi la mitad de los electores republicanos dependen para informarse sobre política de una única fuente de noticias, la cadena Fox News. Cada vez que Trump lanzaba un tuit, era rápidamente reproducido y recibía un empuje

militante en el canal propiedad de su amigo Rupert Murdoch. Este canal es tan favorable a Trump como beligerante con sus rivales demócratas. Hasta el punto de que Obama bromeó en cierta ocasión: “Si yo mirara Fox News cada día, tampoco votaría por mí”.

En estos tiempos de posverdad, no es fácil contrarrestar los bulos y noticias falsas que proliferan en las redes. En los últimos años han surgido numerosas iniciativas destinadas a hacer una labor de chequeo (*fact checking*). Páginas web como *PolitiFact*, *Snoopes* y *FactCheck* o *Fact Check Explorer* o las españolas *Malditobulo*, *Newtral*, *Madita Hemeroteca* o *Saludsinbulos* se dedican a verificar y desmontar los bulos que saltan a las redes, pero cada vez están más desbordadas. Es tal la cantidad de noticias sospechosas que requieren comprobación que no dan abasto. Lo hemos visto en los últimos años de la política norteamericana. El furor de Trump en las redes sociales ha marcado la agenda de los medios de comunicación. Sus mensajes se convertían en noticia nada más publicase, de manera que él siempre llevaba la iniciativa. Hubo días en que lanzó más de cien mensajes. El 5 de junio, cuando el país estaba encendido por las protestas del *Black lives matter* por la muerte de George Floyd a manos de la policía, Donald Trump batió su propio récord: 200 mensajes en una sola jornada, muchos de ellos absolutamente incendiarios contra los manifestantes.

La posverdad también ha alcanzado al periodismo tradicional. Una parte de la profesión ha caído en la trampa de aceptar que no existe la verdad. Que hay tantas verdades como miradas sobre la realidad. Y ha caído en un periodismo de versiones olvidando que su función social es precisamente averiguar y tratar de explicar la verdad. La verdad factual, la de los hechos comprobables. El periodismo falsamente neutral, que se limita a dar las versiones que existen sobre los hechos, acaba dando la misma oportunidad a la verdad que a mentira, a la ciencia que a la charlatanería.

ESTO ES UNA MANZANA

Del mismo modo que la frontera entre hechos e interpretación de los hechos se desvanece en la cultura de la posverdad, en periodismo se desvanece la distinción entre información y opinión. En los últimos años se ha teorizado la necesidad de un periodismo más interpretativo que ofrezca el contexto y elementos

valorativos que permitan comprender la realidad en la que estamos inmersos. Está bien siempre que sea honesto y transparente, es decir, siempre que incluya todos los elementos de esa complejidad y ofrezca al receptor las fuentes y los datos en los que se basa esa interpretación. Pero últimamente, bajo la etiqueta del periodismo de interpretación se camufla un periodismo opinativo que se mueve por intereses partidistas y de trinchera. Un tipo de periodismo que se limita a tomar solo aquellos elementos de la realidad que le interesan para construir el relato y prescinde de aquellos que no le sirven o lo contradicen.

La cadena norteamericana CNN salió al paso de las *fake news* con un ingenioso vídeo de apenas 30 segundos en el que aparece una manzana mientras una voz *en off* dice: *Esto es una manzana. Algunas personas quizás intenten decirte que es un plátano. Puede que griten «plátano, plátano, plátano» una y otra vez. Puede que intenten escribir «plátano» en mayúsculas. Puede que incluso empieces a creer que esto es un plátano, pero no lo es: esto es una manzana.*

Y a continuación: Los hechos son los hechos. No están teñidos por las emociones ni los sesgos. Son indiscutibles. No existen alternativas a un hecho. Los hechos explican cosas: qué son, cómo sucedieron. Los hechos no son interpretaciones. Una vez que los hechos se demuestran, se puede tener una opinión formada. Y aunque las opiniones importan, no modifican los hechos.

Los hechos son los hechos. Aunque las opiniones importan, no modifican los hechos. El filósofo norteamericano Harry G. Frankfurt, en su libro *On Bullshit* ya advertía en 2005 que la charlatanería que invadía el espacio público creaba confusión y desviaba la atención de los asuntos verdaderamente importantes. Un año más tarde, en su libro *On Truth* advertía de las consecuencias de despreciar la verdad: "Ninguna sociedad puede permitirse despreciar o no respetar la verdad. Una sociedad que de manera imprudente y obstinada se muestra negligente ante alguno de estos comportamientos [que niegan la existencia de una verdad factual] está abocada a la decadencia. Las civilizaciones nunca han podido prosperar ni podrán hacerlo sin cantidades ingentes de información fiable sobre los hechos. Para crear y mantener una cultura avanzada, es preciso que no nos dejemos debilitar por el error y la ignorancia". Para Frankfurt, "las relaciones sociales y comunitarias solo pueden ser eficientes y armoniosas si los ciudadanos tienen un grado de confianza razonable en que los otros, en general, son de fiar. La mentira debilita la cohesión de la sociedad humana de manera

irreparable. Porque la mentira, y especialmente la mentira política, no tiene otro objetivo que perjudicar nuestra percepción de la realidad”.

El mundo está viviendo una crisis global sin precedentes, una pandemia que en pocas semanas nos ha recluso en casa y ha paralizado la economía. Ni siquiera en circunstancias tan excepcionales como esta nos hemos librado de las *fake news* y los estragos de la posverdad. Al contrario, en algunos momentos han sido un obstáculo grave en la lucha contra el virus y en la gestión política de la crisis. Las luchas partidistas, el negacionismo y las teorías de la conspiración nos han debilitado como sociedad y han contribuido a la expansión del virus. Lo ocurrido es un ejemplo más del tipo de amenazas a las que nos enfrentamos.

BIBLIOGRAFÍA

- 1 Md Saiful Islam and alt. Covid-19-Related infodemic and its impact on Public Health. A global Social Media Analysis. <http://www.ajtmh.org/content/journals/10.4269/ajtmh.20-0812>
- 2 Marc Amorós. Fake News. La verdad de las noticias falsas. Plataforma editorial 2018.
- 3 Susan B. Glasser. Covering Politics in a “Post-Truth America”. 2016. Brookings. <https://www.brookings.edu/essay/covering-politics-in-a-post-truth-america/>
- 4 Poll: Persistent Partisan Divide Over ‘Birther’ Question. <https://www.nbcnews.com/politics/2016-election/poll-persistent-partisan-divide-over-birther-question-n627446>
- 5 Joan García del Muro. *Good bye veritat. Una aproximació a la postveritat* (Pagès editors).
- 6 Miriam Juan-Jones. La extrema derecha y el populismo autoritario, retos para la democracia liberal. Barcelona Metròpolis. Octubre 2020. <https://www.barcelona.cat/metropolis/es/contenidos/la-extrema-derecha-y-el-populismo-autoritario-retos-para-la-democracia-liberal>
- 7 Carolin Emcke. https://elpais.com/elpais/2019/11/01/ideas/1572612640_359278.html

- 8 Harry G. Frankfurt. Sobre la charlataneria (On Bullshit) y Sobre la Verdad. Paidós Conextos 2006.